

Gracias, Maestro

Querido Antonio: Te sé renacido (tengo esa íntima convicción). Acabas de despertar a una nueva vida: a un nuevo fluir; y estoy seguro que es una vida mejor. Porque, aunque no puedas por tí sólo recordar nada de ésta donde nosotros quedamos, fuiste en ella un hombre bueno, sincero y volcado a causas nobles; lo cual significa que estarás en la gloria.

Mucho hemos aprendido de tí y, una vez más, te has adelantado. Tus lecciones permanecerán para la posteridad: gran parte de ellas escritas, registradas. Otras -las que recibimos en primera persona quienes tuvimos ese privilegio-, menos exactas (por sujetas a la interpretación de cada oyente); y, por tanto, de diversas, emocionales y más hondas dimensiones. Es lo que tiene el roce; ya se sabe. Si bien, en tu caso particular, tu calidad y calidez de trato hacían que surgiese enseguida, precozmente, un lazo imborrable.

Siempre te llevaremos en el recuerdo; e incluso podremos soñar contigo, en tu compañía: de igual modo que quien ha estado entregadamente enamorado y, muchos años después, despierta con el corazón y el estómago temblorosos -esa tan vivificante como misteriosa sensación- tras haber experimentado, con estupendo realismo, el reencuentro con su persona amada.

Generosamente, nos has abierto muchas puertas, y no nos has cerrado ninguna.

Debemos, en consecuencia, estarte agradecidos.

Ahora, en estos precisos momentos, quizás la mejor forma de hacerlo sea logrando que quienes te vivieron más de cerca se sientan acompañados en el doloroso tránsito. Porque el sentido, que tendría que hacer que tus allegados estuviesen gozosos sabiéndote dónde estás y tras una vida plena, una vez más, como tantas otras veces (tú bien lo supiste), no funciona en este complejo e imperfecto mundo humano (en el que, como afirman los budistas, morir es lo fácil y vivir es lo difícil). Acaso, rememorando entre todos, en comunidad, tu fortaleza, tus seres queridos recorran este autoinfligido trecho -cultura obliga- sin tanta aflicción.

En cualquier caso, a los hoy ausentes junto a ellos sólo nos queda el instrumento de la palabra escrita. No tenemos al alcance -y quizás tampoco quepa en nuestra capacidad- la presencia, el calor, la compañía, el gesto, el abrazo, el tono de voz; la vibración inexplicable, fuera de toda lógica (así es cualquier manifestación del alma, por otra parte), pero la que más y mejor reconforta. De ahí que -aún sabedores de toda esa limitación- algunos nos hayamos decidido a poner en párrafos el mutuo sentimiento, como otra parte de tí que asimismo quedará indeleble.

GERMÁN BASTIDA

Alumno de la Fundación Nueva Cultura del Agua